

CHRIS RYLANDER



LA
LEYENDA DE GREG

LA LEYENDA DE GREG

CHRIS RYLANDER

Traducción de
María Angulo Fernández



Rocaeditorial

Título original: *The Legened of Greg*

© 2018, Temple Hill Publishing

Primera edición: septiembre de 2019

© de la traducción: 2019, María Angulo Fernández
© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417805593

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LA LEYENDA DE GREG

Chris Rylander

UN JOVEN DESCUBRE QUE SU DESTINO ES MUY DISTINTO AL QUE ESPERABA EN ESTA DIVERTIDÍSIMA AVENTURA DE FANTASÍA ÉPICA.

Un libro ideal para los fans de Rick Riordan.

Greg Belmont es un chico al que no le gustan los riesgos, vive contento siendo un joven normal. Tiene un amigo —sí, tan solo un amigo— en su divertida escuela y un padre que es de lo más cool (incluso cuando está obsesionado con jabones orgánicos que apestan a una mezcla entre cerdo cocinado y pantano islandés).

EL PROBLEMA ES QUE GREG NO ES UN CHICO NORMAL... ¡ES UN ENANO FANTÁSTICO!

Greg descubre la verdad el día que su padre trae a casa un asqueroso té que despierta nuevas y extrañas habilidades en él. Al poco tiempo, un trol asesino secuestra a su padre y los enanos se llevan a Greg al lejano Submundo, donde han vivido durante siglos, justo debajo de las calles de Chicago.

Con la ayuda de unos nuevos e increíbles amigos y de un hacha que habla, Greg aprenderá la historia de los enanos, quienes han sido señalados a través de leyendas épicas desde el inicio de los tiempos. Sin embargo, el regreso de la magia que una vez ejercieron traerá grandes peligros que afrontar, sobre todo la batalla contra los elfos, los grandes enemigos de los enanos.

LLENA DE HUMOR Y DE ACCIÓN, LA LEYENDA DE GREG
ES UNA NOVELA DE AVENTURAS TREPIDANTES A LA
QUE LOS LECTORES NO SE PODRÁN RESISTIR.

ACERCA DEL AUTOR

Chris Rylander es autor de otras dos series de literatura juvenil. Es fan del chocolate y de las patatas fritas. Vive en Chicago, donde está escribiendo la segunda entrega de esta serie.

ACERCA DE LA OBRA

«Una potente mezcla entre magia, aventuras y humor.»
KIRKUS REVIEWS

Dedicado a todo aquel al que alguna vez le han hecho sentirse pequeño

¡ALTO!

Antes de que empieces a leer este libro, ¿qué día es?
Si es jueves, cierra este libro inmediatamente y empíezalo
mañana.

Si lees esto un jueves, solo pueden pasar cosas malas.
Hazme caso

1

**DONDE SE HABLA DE UNA DAMA A LA QUE SE LE QUE-
MA LA BARBA, DE MONSTRUOS QUE DEVORAN HOM-
BRES Y DE CIERTA ALERGIA A CIERTAS PIEDRAS CON
LAS QUE TE PUEDE ESTALLAR LA CARA**

No debería sorprender a nadie que el día en que un monstruo cruel casi me arranca la cara fuera jueves.

Desde prácticamente el principio de los tiempos (según mi padre y su padre y el padre de su padre y el padre del padre de su padre, etcétera), a mi familia siempre le han pasado cosas malas los jueves. Aquí van unos cuantos ejemplos:

- La tía abuela Millie se quemó su legendaria barba un jueves. Esa belleza perfecta que había sido la envidia de todo Belmont (ya fuera hombre o mujer) nunca volvió a crecer del mismo modo.

- El banco Second Midwestern embargó la vieja granja familiar de los Belmont allá por 1929, con lo que condenó a la familia a llevar una monótona existencia en la ciudad de ahí en adelante. A partir de entonces, todos mis tíos y mis tías lo llaman un asqueroso banco *pointer*. Aunque nunca nadie me ha explicado qué significa esa palabra, casi seguro que es una palabrota, puesto que fue eso precisamente lo que gritó la tía Millie cuando se dio cuenta de que tenía la barba en llamas.

- Mi primo Phin perdió su coche recién estrenado un jueves. Aún hoy, seguimos sin tener ni idea de dónde está.

Lo aparcó en una calle de la ciudad, pero luego, simplemente, se le olvidó dónde lo había dejado. Después de buscarlo durante más de una hora, se rindió y se fue a casa en autobús. Si creéis que es imposible perder un sedán de tamaño mediano, eso es porque no habéis estado con un Belmont un jueves.

Hay muchos más ejemplos, pero a lo que voy es lo siguiente: no debería haberme sorprendido que estuviera a punto de acabar despedazado un jueves. Desde luego, esperaba que sucediera algo malo, ya que casi siempre ocurría. Pero no algo tan brutal. Pensaba que a lo mejor acababa con un chicle pegado en el pelo. O que tal vez Perry intentaría meterme en el retrete del cuarto baño del vestuario de chicos otra vez, lo cual era «casi» tan malo como ser atacado por un monstruo, ya que este retrete en particular era tan famoso que tenía su propio nombre: el Estanque Dorado. Nadie había tirado de la cadena del Estanque Dorado desde 1954, debido a cierta tradición supersticiosa del colegio cuyas raíces eran tan profundas que incluso el inspector jefe de Sanidad de la ciudad (un antiguo alumno) hacía la vista gorda. No os puedo ni describir las cosas tan horribles que he visto en ese baño, y del olor prefiero no volver a hablar jamás.

Pero lo cierto es que no me quejo por lo de los jueves. Simplemente, es una de las cosas que tiene ser un Belmont. Algunos chavales nacen siendo ricos, otros siendo pobres; algunos nacen con ocho dedos en los pies, otros con el pelo rubio; y otros resulta que han nacido con la maldición de los jueves.

Por suerte, a toda mi familia se le da bastante bien lidiar con ella. Hasta tenemos un lema: «¡Los jueves son la razón por la que los demás días parecen ser tan geniales!». Vale, no es un lema muy pegadizo, pero funciona. Comparados con los jueves, los demás días de la semana parecen unas vacaciones. En serio.

Ese jueves en particular empezó muy normal: con una excursión escolar al zoo del parque Lincoln, que, supuestamente, iba a transcurrir sin pena ni gloria.

El Patronato Isaacson de Sabiduría (te reto a que intentes decir con cara de póquer que vas a un colegio cuyo acrónimo es PIS) es uno de los colegios privados más caros y prestigiosos del país. Si quisieran, podrían comprar su propio zoo, porque dinero les sobra. Pero en vez de hacer eso, nos mandaban a hacer excursiones para enriquecernos culturalmente una vez al mes a sitios como el acuario Shedd, o a un manzanar local, o a otro colegio mucho más pobre del lado oeste para que mis compañeros de clase pudieran comprobar de primera mano que sus vidas eran mucho mejores que las de los demás chavales.

Ese jueves, un convoy de autobuses chárter de lujo llevaba a todo el colegio por Lake Shore Drive en dirección al zoo. El lago Michigan nos flanqueaba por la derecha y se asemejaba a un océano con una brillante superficie azul cuya extensión no parecía tener límites.

Después de bajar del autobús en la entrada del zoo del parque Lincoln, mi primer objetivo era localizar a Edwin. Eso era lo mejor de las excursiones de los jueves: que podía estar todo el día con mi mejor amigo.

Edwin era, indudablemente, el chaval más popular del PIS, y tal vez también el más rico. A lo mejor eso no era una coincidencia, ¿verdad?

Para los estudiantes del PIS, ser rico era algo de lo más normal (yo era una de las pocas excepciones a esa regla). De los cuatrocientos cuarenta estudiantes, solo cuarenta y cinco pagábamos mucho menos de lo habitual por nuestra educación. El resto eran miembros de familias lo bastante ricas como para poder permitirse el lujo de pagar cuarenta y tres mil dólares al año por algo que podrían haber tenido gratis.

Pero la familia de Edwin estaba en otro nivel totalmente distinto (o dos, o cuarenta niveles más arriba); esos sí que estaban forrados. Yo me pasaba los veranos trabajando en

la tienda de productos orgánicos y saludables de mi padre, mientras que Edwin se pasaba los veranos viajando en *jet* por todo el mundo con la flota de aviones privados de lujo de sus padres. Sí, he dicho aviones, ya que eran dueños de más de un avión privado. Ni siquiera sabía a qué se dedicaban exactamente los padres de Edwin para ganarse la vida. Trabajaban en el centro de la ciudad, haciendo algo muy difuso que tenía algo que ver con las finanzas; como ser presidente de una firma de inversión y gestión de fondos, o director ejecutivo de comercio o presidente administrador financiero analista de porfolios e intermediario de mercados.

Pero a lo que voy es a esto: a pesar de que pertenecíamos a dos mundos muy distintos, Edwin y yo habíamos sido grandes amigos desde el mismo momento en que nos habíamos conocido tres años atrás.

Ese jueves, me lo encontré en medio de aquella multitud rodeado por una horda de chicas de octavo muy guapas. Todas pusieron mala cara cuando me sumé al grupo. Di por sentado a que, en parte, se debía a que olía a una mezcla de pata de cerdo salada y pantano islandés (sí, mi padre fabricaba sus propios jabones orgánicos y me obligaba a usarlos). De todas formas, ignoré las miradas de furia que me lanzaban esas muchachas mientras se dispersaban, tal y como siempre hacían cuando yo aparecía.

—Hola, Greg —me saludó Edwin, con una enorme sonrisa de oreja a oreja—. ¿Descubrió algo molón tu padre en su viaje? ¿La savia de algún árbol noruego extinto? ¿Una nueva cepa de musgo de turba? ¿A lo mejor por fin ha dado con el escaso y elusivo champiñón arconiano?

Parte del trabajo de mi padre como «obrero de la artesanía» (él se definía con esas palabras, no son invención mía) consistía en viajar por todo el mundo en busca de nuevos ingredientes para fabricar sus jabones, sus tés y demás productos sanos y naturales.

Había estado toda la semana en Noruega, buscando.

—No lo sé, vuelve mañana —respondí—. ¿Por qué? ¿De verdad tienes tantas ganas de probar su nuevo té?

Edwin me miró como si le hubiera pedido que me metiera un dedo en la fosa nasal izquierda.

—Eh, después de lo de la última vez, no —contestó con una carcajada—. Por culpa de su última remesa de té, casi me estalla la cara, ¿recuerdas?

—Si he de ser justo, debo decir que mi padre no tenía ni idea de que fueras alérgico al esquisto —le recordé.

—Eso es porque el esquisto es una roca —afirmó Edwin, con una amplia sonrisa—. Nunca antes lo había comido, porque, por regla general, la gente no come rocas.

—Oye, que fuiste tú el que le pidió probarlo. Mi padre nunca te obliga a probar nada. Normalmente, yo soy su cojillo de indias.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, tu padre me cae muy bien —dijo Edwin—. Me hace reír. Es graciosísimo.

—Me alegra que a uno de los dos le parezca gracioso —mascullé.

En el fondo, también adoro las rarezas de mi padre, pero no me gusta demostrarlo.

—Bueno —dijo Edwin con una sonrisa de hiena—, ¿estás listo para el asombroso mundo del zoo del parque Lincoln?

Puse cara de circunstancias.

Ser tan rico como Edwin tenía esta pega: cuando uno se puede permitir el lujo de hacer cualquier cosa que desee, y no exagero, las cosas más normales se vuelven aburridas. El verano anterior, sus padres lo habían llevado a sobrevolar en helicóptero una reserva natural siberiana del este de Rusia: una visita al zoo no podía competir con eso. Tal vez por eso adoraba tanto a mi padre: una de las pocas cosas que el dinero no podía comprar era un padre chiflado, excéntrico y graciosísimo (aunque esto último es opinable).

—Oye, nunca se sabe —contesté—. A lo mejor ver a unos animales deprimidos, dando vueltas sin hacer nada en

una jaula, sea más emocionante de lo que parece, ¿eh?

Edwin se echó a reír. Le hacía mucha gracia mi optimismo extrañamente melancólico. Si era así, era por culpa de mi padre, o eso pensaba yo.

—No seas tan *gwint* —me espetó.

Edwin me llamaba «*gwint*» cuando creía que estaba siendo demasiado «pesimista». No tenía ni idea de qué significaba «*gwint*», pero siempre me pareció un apodo extrañamente adecuado. Edwin tenía un don para inventarse motes extrañamente apropiados. Como Salsa Picante, por ejemplo. Así llamaba a uno de los profesores de inglés del PIS, que también hacía de monitor en las excursiones. Su verdadero nombre era «señor Worchestenshire» y, por supuesto, todos sabemos que la salsa Worcestershire no es realmente una salsa picante, pero cuando Edwin acuñó el apodo, no sabía con exactitud qué clase de salsa era la Worcestershire. Además, Salsa Picante era un mote mucho mejor que Condimento Variado. Así que se quedó con él.

—Lo que tú digas —repliqué—. Por cierto, te toca mover ficha. ¿O estás dejando pasar el rato con la esperanza de que me olvide de cuál es mi plan maestro?

Edwin se rio y sacó el móvil.

Desde un principio, nos habíamos dado cuenta de que el ajedrez era una de las cosas que teníamos en común. No había muchos chavales que lo jugaran. De hecho, solo había conocido a otro crío que también jugara al ajedrez: Danny Ipsento, que había vivido en mi misma calle. Pero resultó que, además de jugar al ajedrez, tenía otras aficiones, como provocar incendios y lanzarles zapatos a las palomas. Así que nunca llegamos a ser amigos de verdad; prefería no tener un amigo con unas aficiones tan peligrosas, porque no quería que corriera peligro mi salud.

Pero a lo que iba: como no conocía a gente aficionada al ajedrez, la primera vez que vi a Edwin abrir en el móvil la aplicación de Ajedrez con amigos, creí que se me abrían las puertas del paraíso. Yo había empezado a jugar únicamente porque mi padre estaba tan obsesionado que me enseñó a

jugar cuando yo tenía solo tres años. Mi padre nunca paraba de hablar de lo perfecto que era el ajedrez: de lo antiguo que era, de que era el «único» juego que existía donde la suerte no era un factor importante y donde uno controlaba totalmente su propio destino. Cada movimiento, cada victoria, cada derrota estaba completamente en tus manos, algo que nunca sucedía en la vida real (sobre todo, a los Belmont). Por esa razón, llegué a adorarlo, a pesar de que rara vez ganaba alguna partida. En cada nueva partida, las posibilidades de ganar solo se veían limitadas por mis propios actos, lo cual era algo inmensamente reconfortante para alguien de una familia que sufría la maldición de tener una suerte horrible.

Aún no había alcanzado el nivel de mi padre, ni de lejos. O ni siquiera el de Edwin, ya puestos. Quizá le ganara una de cada diez o quince partidas, e incluso entonces me imaginaba que me había dejado ganar para que siguiera interesado en jugar. Él adoraba el ajedrez por la misma razón que yo, al menos en parte: porque aprendió a jugar de muy niño. Su padre, aparte de ser obscenamente rico, también había sido en su día un campeón mundial de ajedrez. Como Edwin siempre lo había admirado mucho, solía intentar imitarle en su forma de moverse, para poder caminar y hablar y actuar como él algún día. No obstante, también amaba el ajedrez a un nivel más profundo, quizá por la misma razón que era capaz de hacer tantísimos amigos: porque le encantaba descifrar lo que a los demás les pasaba por la cabeza.

Edwin por fin hizo su movimiento mientras Salsa Picante, nuestro monitor, guiaba al grupo por un camino en concreto.

—Jo, tío, no quiero saber qué tramas —comenté.

Como yo no tenía móvil (es una larga historia), tendría que esperar hasta más tarde, cuando pudiera entrar en la sala de ordenadores, para ver qué movimiento había hecho.